

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

16



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1975



## CAMINOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

FRANCISCO MONTERDE  
Academia Mexicana de  
la Lengua

PROCEDE EL CLARO timbre de la lengua española de un metal fundido en el crisol de la península ibérica donde se combinan las aportaciones de diferentes razas que allí se mezclaron. Fenicios, helenos y cartagineses dieron su contribución para ella; mas antes de que arribaran sucesivamente, existió en la península una población que hablaba la lengua indoeuropea, sucesora de aquella que originó el vascuence: es lo que don Ramón Menéndez Pidal ha llamado "el substrato mediterráneo occidental" (*Ampurias*, II, 1940) y corresponde a la época prerromana. En la toponimia y en las inscripciones con caracteres ibéricos, subsisten sus huellas.

Dos siglos antes de la era cristiana, los romanos dan principio a la conquista, y en unos 80 años precede al nacimiento de Cristo la escuela de gramática, establecida en Huesca por Sertorio. Ya en los días de Augusto, desde el Tíber hasta el Betis, sólo se habla la lengua latina, en la que se apoya el imperio. Mas, como en cualquier conquista, la dominada iba a hispanizar en parte a Roma, a través de cónsules, filósofos, poetas y oradores hispanos: Séneca, Marcial y Lucano, entre los primeros. El latín de los escritores no era, ni en la misma Roma, el del pueblo. De éste, que fue el que los españoles oían hablar a los soldados —antes de haber escuchado arengas de Julio César—, procedieron las lenguas romances a las que dio origen.

Cristianizada la península, al afirmarse la Iglesia por Constantino y Teodosio, el hispano —que borró el paganismo, al edificar una basílica sobre antiguo templo, en Alejandría—, fue el latín lengua del nuevo culto, como lo había sido del precedente: los toponímicos peninsulares lo recuerdan, al atestiguar la veneración de los mártires que dieron su nombre a muchos sitios hispanos. La lengua heredada también recibió su influjo, como los documentos



en latín vulgar español vienen a probarlo. Al decaer la literatura romana, escritores de origen hispano —el poeta Juvenco, el gobernador de Tarragona, Prudencio, el papa español san Dámaso— la renuevan con savia joven.

Al desmembrarse el imperio occidental, en el siglo V, cada pueblo quedó atendido a sus propias fuerzas y se formaron las lenguas romances —dálmeta, español, francés, italiano, portugués, provenzal, rético, rumano y sardo— procedentes del latín que siguió siendo la lengua escrita empleada por todos ellos. En España penetran alanos, suevos y vándalos, antes de que los godos, germanos, constituyan un reino. Godos e hispanos se mezclan, restaurado el catolicismo y establecida la igualdad en las leyes, para unos y otros, antes separados por sus creencias.

Tal fusión se advierte en los nombres de pila y en los toponímicos. De los dialectos germánicos aún quedaba rastro en el naciente romance español que por la articulación de sonidos, se aparta cada vez más del latín. El vocabulario se amplía con palabras procedentes del lenguaje científico. Toledo y otras ciudades se distinguen por su cultura, en la plenitud de la monarquía visigoda. San Isidoro de Sevilla (570-636) da entonces sus etimologías, en que la ciencia está sintetizada. Discípulos ilustres continúan su obra: son los santos Braulio, de Tajón, y los obispos toledanos Eugenio, Julián e Ildefonso.

“La cultura de todos estos escritores —dice Jaime Oliver Asín, en su *Historia de la lengua española*, Madrid, 1941— procede de fuentes bíblicas, patrísticas y grecorromanas, pues de los visigodos no heredamos una cultura original, como no sea algunas instituciones jurídicas.” Agrega: “De la época visigótica proceden, además, algunas de las voces griegas del español propagadas aquí en tiempos de Justiniano (527-565), como consecuencia del dominio político, religioso y artístico que los bizantinos ejercieron, manteniendo como propia durante setenta años una zona interior extendida por la Bética y la Cartaginense”. Otras voces griegas, advierte, “han sido introducidas en tiempos modernos, como tecnicismos científicos...”. El Islam penetró en la península en 711, y fueron “...no mucho después los musulmanes españoles quienes enseñaron a Europa la medicina, la alquimia, el álgebra, la filosofía, la música; en una palabra, la ciencia griega, que el viejo continente apenas conocía ya, tras la invasión de los bárbaros.

“La lengua española revela en pequeños detalles esa trayectoria histórica de la civilización: España recibió y difundió luego términos técnicos que hoy, a pesar de la intensa modernización de la terminología científica, son todavía internacionales...” Como los musulmanes ocuparon la mayor de la península, exceptuadas las zonas del norte y del Cantábrico, el árabe que hablaban, “lengua semítica como el hebreo y el arameo”, se unió a las lenguas peninsulares y

“mantuvo su hegemonía lingüística en España. Las voces que de ellas hereda el español, en su mayoría principian con la vocal *a* —adalid, adarga, acicate— o con la sílaba *al*, que era el artículo *el* —no leído sino escuchado— que permanece unido al nombre: alcalde, alférez, alfanje, y perdura en centenares de palabras que son ya nuestras y se emplean en el trato diario, en el comercio, el arte, la industria, la agricultura. Muchas de ellas persisten sólo en determinadas regiones, como algunas de las terminadas en *i*: alfonsí, guadamecí. La interjección *ojalá* —quiera Dios— es de los arabismos persistentes.”

La conquista de España por el Islam no impidió que continuara la evolución del romance. Dividida en las mencionadas zonas del norte y del sur, en aquella se organizaron los cristianos, desde el octavo siglo, en León, Castilla, Aragón, Navarra y Cataluña, con matices propios de cada una de esas regiones, en el habla. Durante aquel siglo y el siguiente, predomina el astur porque la corte visigoda halló amparo en Toledo; en el X y el XI, trasladada a León, la hegemonía fue para el leonés, intermedio entre lo galaico y lo castellano, aunque se inclinaba hacia lo arcaico hispano-godo conservadoramente.

La Castilla de Hernán González se extiende, en el siglo X, hasta las márgenes del Duero, y su romance, innovador, se convierte en la lengua de los primeros cantares de gesta, según lo confirma el mismo Menéndez Pidal en *Poesía juglaresca y juglares*, apoyado en las Glosas de Silos y San Millán, hasta convertirse en rival del leonés, al cual se adelanta.

En tanto, en la zona musulmana, los romano-godos llamados mozárabes, conservan su religión —por la que ofrendan mártires, como santa Flora y santa Argenta, hija de Omar Ben Hafsún—, y su lengua, asediada por el árabe; el romance mozárabe presenta analogías con el catalán y el galaico-portugués, que se fortalecen por medio de la España islámica, a pesar de su retraso en relación con el castellano. Tal romance de los cristianos mozárabes, era conocido de los musulmanes, no sólo cultos, que lo entendían y aun lo hablaban. La lengua escrita de aquéllos seguía siendo la del Lacio.

Esa tradición no se observa, lógicamente, en la zona árabe. El dominador impuso su lengua, que sustituyó al latín, como defensora de la cultura. Los mozárabes se vieron obligados a expresarse en ella, a la vez que en romance; la poesía árabe les seduce, y aun el arzobispo Juan, de Sevilla, pone en árabe la Biblia. Córdoba no fue sólo asiento de la filosofía y las artes: a ella acuden teólogos, músicos, y poetas; el emperador bizantino obsequió a Abderramán III el código del griego Dioscórides que servirá en el siglo XIII para los descollantes estudios de Abenalbeitar, nacido en Málaga.

Aún en el instante en que el califato va a desaparecer, brilla en Córdoba,



con su mezquita, el eminente Abenházam, teólogo, poeta y filósofo, que escribió una *Historia crítica de las ideas religiosas*, dada a conocer por Asín Palacios, en los cinco volúmenes al autor dedicados, que publicó la Real Academia de la Historia (Madrid, 1927-32) y cuyo tratado psicológico del amor *El collar de la paloma* —que Emilio García Gómez tradujo— se compara a la *Vita nova*.

El mérito de la España islámica, bilingüe, no sólo fue comprendido por los mozárabes cristianos, que conocieron el árabe a la vez que el romance; la calidad de la literatura árabe que también fue apreciada en la zona cristiana de la península, como la estimó la parte culta de Europa que vio en Córdoba el eje intelectual y científico, del que irradiaban las ciencias y las artes.

El dialecto leonés cede sitio al castellano, al mediar el siglo XI. Navarra y León habían dejado de preponderar; si la unidad que debían al califato, los musulmanes, desunidos, comenzaban a ceder terreno ante Castilla, que impondrá la hegemonía con su leyenda. El Cid conquista a Valencia a fines de aquel siglo, y en el siguiente se corona emperador Alfonso VII (1125-1157), en presencia de reyes moros y cristianos que le rinden vasallaje.

El castellano se difunde ampliamente por toda España, y pronto va a pasar a otras tierras. No sólo se impone por razones políticas: es más flexible y eufórico; vocales y consonantes, bien combinadas, le prestan sonoridad, elegancia y armonía con las que supera a los demás dialectos, aun antes de haber llegado a ser lengua escrita, pues el latín ocupa ese puesto hasta los siglos de oro de la literatura árabe-española.

Vencen a esta brillante cultura de Sevilla y Córdoba los almorávides, bárbaros africanos, que pronto retroceden ante la civilizadora Andalucía. Sus poetas perduran en los florilegios. Hasta los días de los vigorosos Almohades llega el impulso de las ciencias; con Aben Said, de Alcalá, y Aben al-Abbar, de Valencia, la literatura; con Avempace, de Zaragoza; Aben Tofail, de Guadix, y Averroes, de Córdoba, la filosofía; con Abenzoar, de Córdoba también, la medicina. El místico Aben Arabi, de Murcia, va a elogiar las virtudes de Andalucía, frente a los invasores beréberes.

Al triunfar sobre el invasor los cristianos españoles, a un hijo del conquistador san Fernando (1217-1252), el sabio Alfonso X (1252-1284), corresponde afirmar la castellanización de España entera, liberada.

La España del siglo XIII no tenía aún lenguaje escrito. El latín persistía no sólo en los manuscritos eclesiásticos. Se carecía de unidad en lo escrito y hablado, porque la evolución del romance hasta la afirmación del castellano, había sido oral; obra del pueblo que no sabía escribirlo. Hubo de volver los

ojos a Grecia, Roma y el mismo Islam, para ir en pos de la unidad en ambas formas de expresión; tal fue la segunda conquista que realizó el castellano convertido en lengua oficial.

Alfonso el Sabio lo impuso, con excelentes colaboradores que él guiaba; tras la poesía del Cantar de Mio Cid y de Gonzalo de Berceo, vino la prosa —sin que por ella Alfonso X olvidara la lírica—; fue preciso poner en romance la ciencia, antes escrita en latín o en árabe, la historia y las leyes, para hacerlas claras, inteligibles. El Rey Sabio escribe, corrige, ordena y difunde la prosa castellana por la península entera. La prosa de Alfonso el Sabio no reproduce exactamente el castellano hablado: “nuestra prosa, escribe Oliver Asín, se fue plasmando sobre el molde de la poesía romance, del latín y aun mucho más del árabe, la lengua que más se traducía. Por eso en los viejos prosistas han de aparecer siempre expresiones poéticas o juglarescas y giros propios de las lenguas vertidas. Muchos sabor arábigo guarda, por lo mismo, la prosa medieval; la frecuencia, por ejemplo, con que aparece en las obras de Alfonso el Sabio, y después en las del siglo XIV, la conjunción *e*, la separación de los parlamentos en el diálogo mediante el verbo *dijo*, y la ambigüedad en el uso del pronombre *él*, son rasgos de origen árabe.”

Continuador de la obra de Alfonso X fue su sobrino, el infante don Juan Manuel (1282-1348), quien se esforzó en perfeccionar la prosa castellana. Como su tío a quien admira, se propone usar solamente, en sus *Ejemplos* —lo son no sólo por la moraleja—, palabras del vulgo; demostrar que bastan para expresarse por escrito, y evita el uso de palabras próximas al latín. Busca, sobre todo, claridad, pues quiere que sus *Ejemplos* sean “muy llanos”. Sólo por complacer a su mejor amigo, don Jaime, señor de Xérica, se hizo voluntariamente oscuro, y advirtió por qué lo hacía. Aun en la segunda parte del *Libro de Patronio* hay expresiones oscuras; mas en el cuarto libro recobra la sencillez. Deseaba decir todo “en las nuevas palabras que se podía poner”, según el Rey Sabio lo había recomendado a su hijo Fernando; supera la prosa de aquél, aunque en los *Ejemplos* persistan las monótonas repeticiones señaladas.

Faltaba acercar a la expresión escrita la poesía, balbuceante en la lírica, en la época del anónimo autor del Cantar y en las Cantigas, donde la música impulsó ritmos y voces. Contribuye a lograrlo el primer poeta lírico del siglo XIV: Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, el castellano que escribe el *Libro de buen amor*, antes de que medie aquel siglo. Su vocabulario popular es más rico, abundante en sinónimos coloridos y vivaces, que le permiten expresar de varias maneras la misma idea. En el siglo XV, Juan de Mena (1411-1456) y otros escritores tratan de reaccionar contra ese vulgarismo; pero lo popular vuelve a imponerse con *El Corbacho* (1488) de Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera. Prosiguió la difusión del castellano entre los mudéjares o



moriscos que al transcribir en árabe la lengua hablada empleaban el alfabeto árabe. Esto se llamó "literatura aljamíada".

El árabe literario tenía aún su reducto final en Granada; las poesías de Aben Zumruk servían para decorar los muros del alcázar, y los escritos de Aben al-Jatib daban altura y brillo al arte arábigo-andaluz; mas como en cualquier lucha por la independencia de un pueblo, había que llegar hasta el fondo en la reconquista de España: a los reyes católicos, Fernando e Isabel, correspondía realizar tal acto. La consumaron el mismo año en que Cristóbal Colón partió con ayuda de la reina hacia tierras desconocidas y aunque se publicó una obra maestra: la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, conocida como *La Celestina*, de cuya paternidad aparece responsable Fernando de Rojas.

Asentada la hegemonía de Castilla, con el castellano, reyes y nobles podían tornar al estudio del latín. Los maestros de latín recibían honores en los palacios. En Salamanca, Pedro Mártir de Anglería era llevado en hombros de sus alumnos, al aula donde comentaba a Juvenal. Roma servía de modelo para el imperio español, naciente. Su instrumento sería la lengua castellana, como el de Roma había sido el latín. La unidad ambicionada, de mando y lengua, obligó al rey aragonés Fernando, a cambiar su dialecto por el imperante: el castellano que hablaba la reina.

En el momento de expansión mayor de la lengua española, se aprovecha el reciente invento: la imprenta, y los libros en castellano se multiplican. Uno de ellos será el arte de *Gramática Castellana*, de Antonio de Nebrija, quien compuso también un diccionario romance latino (1491). Después, en 1513, colaboraría con el cardenal Cisneros en la *Biblia Poliglota*. En el prólogo puesto a su Gramática, Nebrija traza entonces la primera historia del español. La reina era sobria al expresarse, por reacción contra los artificios de la corte de su padre Juan II, y su *buen gusto* —"no aprendida aptitud para saber elegir las imágenes y los vocablos más adecuados, agradables y hermosos"—, influye en quienes la rodean y comprenden que el castellano, según Nebrija, estaba "ya tanto en la cumbre, que más se pudiera temer el descendimiento de ella que esperar la subida".

Al iniciarse el siglo XVI —como observó Farinelli apenas transcurridos cuatro años, tras la pérdida de las últimas colonias en Ultramar de España—, ésta se hallaba en plenitud que ningún imperio había alcanzado: "...iba a la cabeza del mundo. Las grandes y heroicas hazañas, las peregrinaciones atrevidas, una milicia de las mejor organizadas y de las más temibles, la conciencia nacional despierta, el ingenio español más vivo, dúctil y poderoso, capaz de ideas más grandes y robustas que en ningún otro siglo: todo parecía prometer una

preponderancia política e intelectual sin contraste, prosperidad duradera, perpetua". (*La Lectura*, Madrid, 1902).

Como en el apogeo de Roma, la lengua era la mejor arma de conquista y dominio; a su exaltación, estudio y cultivo se consagran los ingenios. Se tiene presente el ejemplo que, desde Italia, al perfeccionar el toscano, dieron Dante y Petrarca. El español prefiere expresarse en el habla de Castilla la Nueva que se adapta mejor a esas aspiraciones elevadas.

Lo cultivan, además de Garcilaso, entre otros, los poetas Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), Gutierre de Cetina (1520-1557), Hernando de Acuña (1530-1580); los prosistas fray Antonio de Guevara (1480-1545) y Alfonso de Valdés (+1532), quien detesta los artificios y dice de su estilo: "...me es natural y sin afectación ninguna". Al recargamiento, se prefiere la selección; pero no se desdeña lo mejor que aporta el vulgo, y el caudal de los proverbios se enriquecerá hasta que llegue a Cervantes, en el siglo inmediato, y con él culmine.

Al mediar el siglo XVI reaccionan sevillanos y salmantinos con opuestas actitudes, que representan el modo de pensar de andaluces y castellanos sobre la lengua. Son las del cordobés Ambrosio de Morales (1513-1591), autor del *Discurso* acerca del mismo asunto, escrito en 1546 y modificado en 1585; de los que rodean al maestro Mal Lara (+1514) que enseñaba en Sevilla; de los que admiran y comentan a Garcilaso y a fray Luis de Granada (1504-1587), y siguen a los poetas Baltasar de Alcázar (1540-1606), Barahona de Soto (1548 a 1595) y Juan de la Cueva (1550-1610). En Salamanca enseña fray Luis de León (1528-1591), que habla sobre la lengua en *Los nombres de Cristo* (1585), y estudia san Juan de la Cruz (1542-1591). Aquéllos juzgan excesiva la admiración por el habla del pueblo; "...el hablar bien es diferente del común", opina Morales y fray Luis de León insiste: "...el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio". Abundan los que discrepan sobre el prestigio exagerado del habla toledana y consideran que la de Andalucía no es inferior a aquélla; entre ellos está el sevillano Herrera, quien dice: "...no hay por qué establecer preferencias regionales: la lengua perfecta es la de la 'gente bien hablada'. Castilla había impuesto su fonética; pero en los días de Felipe II, la lengua se moldea según la de Burgos y deja de aspirarse la *h*. Desde entonces su actual fisonomía fonética: la misma del castellano medieval auténtica, según Oliver Asín recuerda. Existió otro grupo de escritores que rechazaba "el habla de la Corte como autoridad del lenguaje". Herrera pregunta al conde de Haro, que la defiende: "¿qué son dicciones? ¿Son de otra naturaleza que las que se usan en todo el reino?" Para él "la lengua cortesana es menos propia, más adulterada, como aquella que sufre más alteración por



la diversidad de gentes extrañas que concurren a la corte". Fue el lenguaje artístico el que se impuso finalmente, el que logró Garcilaso, en quien aquellos hombres descubren la autoridad suprema de la lengua, la autoridad literaria que cincuenta años antes echaba España en falta, cuando se comparaba con Italia, satisfecha de su petrarca. Se le exalta, a pesar de sus defectos. "Osó entremeter, dice Herrera, muchas voces latinas, italianas y nuevas." Para mejorar el lenguaje poético, lo hace Herrera más libre al incorporar "muchas voces griegas, latinas, italianas o de los 'otros reinos peregrinos'", y así la hace más digna "de la grandeza de España"... "solemne: magnífica y rotunda". Mas Herrera, a su vez, resulta "afectado".

Faltaba hacer del castellano una lengua apta para la ciencia, pues la verdad, en el terreno de lo divino —teología— y en el campo de las ciencias humanas, como la medicina, se expresaba aún en latín, porque la lengua romance, popular, se juzgaba inferior para emplearla en la ciencia. Felipe II —para la tradición, aislado en su retiro— desde el recinto de meditación prosigue y completa la obra de su padre, con el apoyo de la Universidad de Salamanca, la cual por su voluntad se transforma hasta permitir que estudiantes y catedráticos hablen la lengua propia y no únicamente el latín, dentro y fuera de las aulas. Fray Luis de León fue uno de los decididos defensores de la lengua española: "...nuestra lengua, afirmó, recibe bien todo lo que se le encomienda, y no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar." En la literatura había surgido una nueva forma, al emplearse dicha lengua en asuntos elevados; así lo hicieron santa Teresa y san Juan de la Cruz al hablar sobre teología y escribir con ella sobre arrebatos místicos y cuestiones dogmáticas, la usa con sencillez, en el habla del pueblo; el otro con pulida forma, y altos y profundos pensamientos. Desde el Escorial continuaba el propósito imperialista —recuerda Menéndez Pidal—: "a todas guió, dice Oliver Asín, en su tarea de cultivar y perfeccionar el idioma, el ideal imperialista de hacer del español la lengua universal y perfecta, convencidos siempre de que el caso de Grecia y de Roma volvía a repetirse con creces en España". Él mismo agrega: "Que estos ideales eran también los de Felipe II, nos lo dice su historiador Cabrera de Córdoba. Sabía el monarca latín y francés e italiano que aprendió por intérpretes; mas de tales lenguas usó muy pocas veces, aunque muchas entendió con ellas, haciendo la castellana general y conocida de todo lo que alumbraba el sol'...". Claridad que contrasta con la sombra de que se ha rodeado.

Al finalizar el segundo decenio del XVI, aún no publica Valdés el *Didlogo de la lengua* (c. de 1536) ni Juan Boscán ha traducido, por consejo de Garcilaso de la Vega, *El cortesano*, de Castiglione: las dos obras que servirán de

guía a los escritores de España, en el segundo tercio de aquel siglo. Perdura —modelo en el diálogo renacentista— la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*.

Toledo, que fue capital de los godos, se mantiene como pivote de la lengua —la de Castilla la Nueva, con la *h* aspirada, que los conquistadores andaluces llevarán al Nuevo Mundo—, y es su centro el Alcázar, embellecido entonces por el monarca en cuyas sienas brillan dos coronas con las que impera sobre alemanes y españoles.

De esa capital del castellano proceden los modelos que se imitan dentro y fuera de España, porque la lengua vulgar de Toledo se ha elevado hasta alcanzar la categoría de lengua de la corte, ennoblecida, con metáforas en las *Eglogas* de Garcilaso.

Como habla de los cortesanos, la imitan no solamente los nobles; el pueblo se siente honrado por ella, pues nacida en sus labios, se fortaleció en los poemas, antes de convertirse en habla regia: es la que por voluntad de quien rige el imperio, será pronto lengua de dos mundos, al consumarse la conquista de tierra firme e islas en el Nuevo Continente.

Ha sido enriquecida con neologismos que proceden del griego, del latín y del italiano, y ha quedado transformada, así, en lenguaje de artistas. Hernández de Oviedo acata ese castellano como lengua "de la casa real"; se hallara ésta donde se hallase, en Toledo o en otra ciudad de España, y un médico reputado como excelente prosista: Villalobos (1473-1549), aunque llegue a criticar ciertas formas toledanas con las cuales no transige —como la aspirada *h* de Sevilla—, otorga autoridad al "habla de arte", sin influjos de región o corte alguna.

Juan de Valdés será quien trate de poner armonía entre la lengua natural y los artificios de innovadores, al oponerse a la adopción de neologismos inútiles, aunque reconociese que la cultura española requeriría el empleo de voces nuevas que llegaran a universalizarse: "...si algunas cosas no las podemos explicar con una palabra, dice, explicámoslas con dos o tres, como mejor podemos". Casiodoro de Reina sin duda recordó este parecer al realizar su admirada obra: la Biblia en castellano, cuya inicial edición fue terminada en septiembre de 1569.

La dignificación del habla vulgar que defendió Nebrija y a la que había contribuido el marqués de Santillana, antes que otros, con su copilación de refranes, tuvo eco aun fuera de España, preferentemente en Italia, con Pedro Bembo, autor de *Prose della volgar lingua* (1525), donde opinaba que todos estamos "obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural", antes que las ajenas aprendidas en libros. Cada nación —incluida la francesa, en-



tonces doblegada—, se consagró a exaltar su propia lengua, y varias compitieron para resolver cuál podría ser la mejor de ellas. La española, según Valdés, “noble, entera, gentil y abundante”, fue declarada “la primera del mundo entre todas las modernas”, recuerda Jaime Oliver Asín, en su *Historia de la lengua española*. Tal fue la opinión de un siciliano, Lucio Marineo, al hablar de ellas en su obra acerca “De las cosas memorables de España”, donde afirma que “. . .hace ventajas a todas las otras en elegancia y copia de vocablos”, y añade que las supera “por la conformidad que tiene con la latina, a la cual es tan semejante”. Había probado esto desde 1498, el padre del poeta Garcilaso, en su oración pronunciada en el Vaticano, “compuesta en un latín que resultaba a la vez castellano”, según puede comprobarse al leerla en la antología del mismo Oliver Asín. Otros escribirían prosas y versos que eran a la vez castellanos y latinos. Prosa, en *Las sergas de Esplandián*, incurre en el exceso de opinar que la lengua española superaba a la latina, y otros lo siguen: el licenciado Juan Antonio de Herrera, entre ellos, según Buceta. (Revista “Filología Española”, 1932). El emperador Carlos V de Alemania y I de España —quien según el gramático doctor Busto, maestro del príncipe, era polígloto y podía hablar sin intérpretes con los representantes de las naciones a él sometidas, pues dominaba la lengua de cada uno— puso especial empeño en difundir el castellano, para realizar el propósito de Nebrija y los reyes católicos: imponerlo como lengua universal, imperialmente.

Como César, el nuevo Alejandro deseaba “hacer del mundo una sola patria universal, cuyas gentes viviesen en mutua amistad y concordia, con una sola lengua. . .”. Mas apenas en 1517 había conocido la patria de la reina María aquel joven que aunque “hablaba francés y flamenco, y conocía algo el alemán e italiano, ignoraba el español”. (Oliver Asín.) Aún necesitaba intérpretes.

En 1518, al reunirse las primeras Cortes en España, los procuradores le ruegan que hable castellano, para entender más pronto a sus vasallos y para que éstos le entiendan. El contestó que se esforzaría en hacerlo; mas en 1520 no lo ha aprendido y los españoles se desesperan. Eso explica en parte por qué la primera de las cartas de relación de Cortés va dirigida a doña Juana, la madre de Carlos V. Mas algún tiempo después lo entiende y lo habla correctamente. Ante el senado de Génova inicia un discurso con estas palabras: “Aunque pudiera hablaros en latín, toscano, francés y tudesco, he querido preferir la lengua castellana, porque me entiendan todos”. Lo que significa, sin duda, que los genoveses también la hablaban. Cunde el ejemplo dado por el emperador, y sus vasallos de otros países lo imitan en el aprendizaje y en el uso de la lengua española.

Cuando ante Paulo III, en Roma, desafía Carlos V, el 17 de abril de 1536, al rey de Francia, a quien señala como enemigo de la cristiandad y lo reta a singular combate, habla en español; y al interrumpirle el obispo representante de aquel rey, que pretextó no entender esa lengua, el emperador repuso: “. . .entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española la cual es tan noble, que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana”. Obligaba a quienes deseaban solicitar algo, que la hablaran, lo mismo en Italia que en Alemania, y él “respondía en español hablándoles mansa y agradablemente”. Sus embajadores siguen tal ejemplo, en Venecia y en otras ciudades, según recuerdan varios escritores. Su actitud se refleja en frases y relatos anecdóticos: “en el Paraíso, Dios habla en castellano, por ser lengua creadora y divina”. ¿Cuál mejor, por consiguiente, para dirigirse a él? Carlos V solía decir que “para hablar a Dios”, la castellana “era la lengua que empleaba”. Gisbert confirma que “para plorar, la española” era la lengua indispensable, y Castillejo, en el *Diálogo entre el autor y su pluma*, da testimonio de que en las Indias se enseña y adorna. Aquí, en el Nuevo Mundo, se enriquecería con abundantes voces de las Antillas, de México, del Perú y de otras partes. Mientras, en el Viejo Mundo, cunde y arraiga en varios países; en Italia, sobre todo. Se habló en Holanda y Bélgica —el emperador había nacido en Gante—, los humanistas la estudian. Los alemanes, según el licenciado Villalón, se “holgaban de hablar el castellano”. En Francia la mayoría podía entenderla, dice el señor de Brantôme, en sus *Rodomontades*. Allá y en Inglaterra se editan obras en español, como en nuestros días se hace en los Estados Unidos y otros países que hablan idiomas diferentes.